

SEMBLANZA DE LA VILLA DE ZAACHILA, OAX.
ANTIGUA CAPITAL DEL REINO DE LOS ZAPOTECAS

Por el Prof. ADOLFO VELASCO

Historia. En la antigüedad, (el año 107 de nuestra era), se estableció en el Valle de Oaxaca una tribu de indígenas denominada *zapoteca*. En un principio sentó sus reales cerca de la hoy ciudad de Tlacolula de Matamoros, y allí fundó la ciudad de Teotitlán del Valle.

Esta tribu fue creciendo en población y en importancia debido al medio propicio en que se estableció, pues además de que el clima del lugar era templado, era también adecuado para el cultivo del maíz, frijol, calabaza y chile, que constituían los principales alimentos de los zapotecas. Eran éstos de regular estatura y complexión, de ojos negros, nariz recta y carnosa, lampiños o con muy escaso bigote, dientes muy blancos y brillantes, cabello negro y lacio, y fuertes y ágiles para el trabajo.

En lo moral eran muy respetuosos con sus mayores; casi nunca atentaban contra el pudor de la mujer; prestaban ciega obediencia a los sacerdotes y acataban las leyes civiles sin ninguna protesta. Repudiaban los vicios en general; pero los más abominados eran el robo, la embriaguez y el adulterio. De esta raza no se sabe que los monarcas hayan ejercido la poligamia como los reyes aztecas.

En cuanto a civilización, llegaron a brillar en su época; sabían medir el tiempo, escribir por medio de geroglíficos, pintar con yerbas colores indelebles; conocían las ventajas de los ejercicios físicos; su educación provenía de la enseñanza de los sacerdotes y ésta se reducía a practicar buenas costumbres, a can-

tar y a tocar instrumentos rudimentarios, tales como el tambor y la chirimía.

En artes manuales hacían primorosos objetos de barro, oro y plata. Esculpían idolillos de ónix que hasta la fecha se descubren en los montículos que llegan a removerse.

De su arquitectura quedan las admirables ruinas de Mitla que proclamarán por mucho tiempo aún, la civilización de los zapotecas; ruinas consideradas hasta hoy día, como filigranas y únicas en su género.

Liobaa, (lugar de descanso), o Mitla, fue la necrópolis en donde enterraban los zapotecas a sus reyes y sacerdotes.

En un principio su gobierno fue teocrático; pero la evolución de las ideas que es inevitable, les indicó la conveniencia de separar lo civil de lo eclesiástico, y entonces, quedó dividido su gobierno, siendo su primer rey Zaachila I. Así se realizó en aquel pueblo remoto, la separación de la Iglesia y el Estado; principio que se hizo efectivo en los pueblos civilizados, después de muchos siglos.

Por esta época los pueblos se hacían la guerra por cuestiones baladíes, o bien, por afán de conquista; esto originó que el rey de los zapotecas estableciera destacamentos en distintos lugares circunvecinos, preferentemente en las partes más altas, desde donde se pudiera dominar mayor extensión del Valle.

En la región del Sur del sitio en que hoy se asienta la ciudad de Oaxaca de Juárez, había por aquellos años un lago alimentado por el Río Atoyac, al que los zapotecas pusieron por nombre, Roaló. Muy próximo a la orilla Norte de este lago, había también un pequeño islote que apenas sobresalía del agua. Zaachila I pensó que allí bien podría levantar un atalaya, y así lo hizo. Mandó agrandar con adobes aquel islote, (hoy día pueden verse en los cortes que se le han hecho, filas de adobes superpuestos; estableció en este lugar una avanzada de sus fuerzas y más tarde, mediante un corte en la parte más baja y meridional de la cordillera que rodeaba al lago, se verificó el desagüe y entonces, Zaachila I fundó allí una ciudad que fue la capital de su reino (1386). Más tarde sus descendientes, para perpetuar su nombre, le pusieron a dicha ciudad, ZAACHILA.

La capital del reino zapoteca fue bastante populosa, y el

poderío del monarca llegaba por el Norte hasta Ixtlán, por el Este hasta el istmo de Tehuantepec, por el Sur hasta el Océano Pacífico, y por el Oeste hasta terrenos de Nochixtlán, perteneciente al reino de los mixtecas.

Los sucesores de Zaachila I fueron: Zaachila II, Zaachila III, y el último rey de los zapotecas, Cosijoeza (1487). Hijo de este monarca fue Cosijopi, rey de Tehuantepec, tributario del de Zaachila.

Cosijoeza sostuvo una encarnizada guerra con Ahuítzotl. La causa que la suscitó fue el asesinato cometido en Mitla, en las personas de unos comerciantes aztecas. Después de una tremenda lucha, los ejércitos de Ahuítzotl se estrellaron en las fortificaciones de Cosijoeza, situadas en el cerro de Quiengola. Más tarde el rey de los zapotecas se casó con la princesa Xoyolicáltzin, hija de Ahuítzotl, y de ese modo, celebró alianza con el orgulloso rey de Tenochtitlán.

Al triunfo de los españoles, la población de Zaachila (Teozapotlán), siguió viviendo y desarrollándose, y tanto en la época de sus reyes indígenas, como en la posterior y presente, superó entodo, al primer pueblo fundado por los zapotecas, a Teotitlán del Valle.

Situación. La Villa de Zaachila, sucesora de la antigua Teozapotlán, está situada en el Valle de su nombre, al Sur de la capital del Estado de Oaxaca y a una distancia de doce kilómetros de la misma. Al Norte está limitada por los terrenos de S. Raymundo Jálpam y los de la Hacienda del Carmen; al Este, por las haciendas de Zorita y Mantecón; al Sur, por la Trinidad de Zaachila y la Hacienda de Tlanichico, al Oeste por las sierras de Santa Inés del Monte y al Noroeste, por los terrenos de la Hacienda de Noriega.

Superficie. La superficie de la Villa de Zaachila era hasta hace poco, de 1782 hectáreas 24 áreas; mas si se tiene en cuenta que el casco de la población ocupa no menos de 187 hectáreas, se vendrá en conocimiento de que el resto de tierras para el cultivo era bastante escaso, si se atiende a la densidad de la población como se verá más adelante. A últimas fechas los vecinos de este pueblo solicitaron el reparto de ejidos, pues como se ve por su situación, la Villa de Zaachila está rodeada casi en el to-

tal de su perímetro por haciendas. Por noticias recientes, sabemos que se ha dotado a la referida población con 3140 hectáreas, las cuales fueron tomadas de las haciendas vecinas y repartidas a los que las habían menester. Así es que la superficie total de Zaachila es de 4922 hectáreas, 24 áreas. (Diario oficial de 30 de abril de 1926).

Ríos. Zaachila sólo cuenta con un arroyo denominado "La Zanja", que nace en terrenos de la Hacienda de Noriega, recorre de Noroeste a Sureste la población y la divide en dos mitades.

No obstante la escasez de ríos, las tierras de cultivo pueden regarse pues apenas a uno y dos metros de profundidad brota el agua potable. Además, el período de lluvias que año con año surte de humedad a las tierras, contribuye para que no se eche de ver la carencia de ríos.

Las lluvias dan comienzo con regularidad, por el mes de mayo, y terminan en septiembre. Durante este tiempo no hay semana en que no llueva cuando menos una vez, y hay temporadas en que duran continuamente, cinco y más días. Cuando esto acontece, en las calles, en los campos, donde quiera brotan manantiales; los sembrados, que por ese tiempo ya tienen como dos meses de vida, se ahilan y se pudren, pues los surcos se inundan completamente. Por supuesto que esto no sucede siempre.

Clima. Los factores que contribuyen a determinar el clima de la Villa de Zaachila, son: la altitud, la latitud, su situación, su vegetación y el cambio de las estaciones del año.

El Valle de Zimatlán, del que forma parte el de Zaachila, está a una altura de 1500 metros sobre el nivel del mar, de manera que por su altitud, disfruta de un clima templado.

Por estar a poco más de 17° de latitud Norte, la Villa de Zaachila está en los lugares clasificados entre la zona intertropical; pero el clima de que disfruta no es caliente, dada la modificación que le imprime la altitud antes mencionada.

Su situación es otra de las cosas que intervienen de un modo particular para darle una temperatura que en ningún tiempo es extremosa. El Valle está rodeado de sierras; por el Norte tiene un desprendimiento de la Sierra Madre del Sur; al Este, la sierra de Zorita; al Sur la sierra de San Pablo Huistepec, y al

Oeste, las sierras de Santa Inés del Monte; de suerte que estando tan bien abrigado el Valle de Oaxaca, que es al que pertenece el de Zimatlán, los vientos son leves y no intervienen sino muy poco en la modificación del clima del citado Valle.

La abundante vegetación que existe en la Villa de Zaachila, y en general en todos los poblados del Valle de Zimatlán, impide por una parte que el calor del verano caliente demasiado, y por la otra, que los vientos fríos del otoño y del invierno lo refrigeren.

Las estaciones del año son muy marcadas en esta región, y éstas sí hacen variar el clima. La primavera se caracteriza por engendrar un clima tibio que estimula el crecimiento de las plantas y las hace florecer con lujuria. El verano, en cuya época por razón astronómica, el sol calienta más, surgen nubes por doquiera y las lluvias mitigan el calor que cuando más llega a 27 centígrados. En otoño la temperatura comienza a descender porque entonces soplan vientos, pero que son insuficientes para enfriar demasiado la atmósfera, que durante el día se caldea con los rayos del sol, caracterizándose esta estación porque en ella tiene lugar la caída de las hojas. Por último, para cerrar la cadena de estaciones, el invierno aparece; el cielo se limpia por completo de nubes; por las tardes soplan vientos que obedeciendo la ley de la diferenciación de densidades, bajan de las montañas al Valle y logran enfriar la atmósfera; pero cuando más desciende el termómetro centígrado, apenas llega a marcar 18 y $\frac{1}{2}$ grados.

Concluyendo: el clima de la Villa de Zaachila es templado en todas las estaciones del año, debido a los factores determinantes de que dispone por obra y gracia de la naturaleza.

Lluvias. La abundancia de árboles y su proximidad a las sierras que la rodean, hacen que la Villa de Zaachila disfrute de lluvias regulares; éstas casi siempre caen en forma de aguaceros, pero rara vez son huracanadas. Cuando las sierras del Este de la población se coronan de neblina densa pincelada de plomo en el verano, es un signo casi infalible de que a poco, el Valle se verá acariciado por las diamantinas gotas de la lluvia. Cuando las nubes se ven aparecer por las otras sierras, el labriego sigue con calma sus labores, porque es sumamente raro que se des-

cuelguen a prodigar su lluvia bienhechora. No hay vez que llueva sin que deje de haber rayos, sólo que las descargas eléctricas se efectúan entre nube y nube en su mayor número, y las que se dirigen sobre la superficie de la tierra, casi siempre buscan árboles como medio que los conduzca al receptáculo común.

Flora. Siendo los terrenos de los clasificados como de primera clase, su fecundidad es extremosa; las plantas crecen con profusión y se desarrollan sin esfuerzo alguno. En la época de las lluvias se pone ésto de manifiesto, pues por donde quiera crecen hierbas frondosas cuyas hojas parecen barnizadas por la abundancia de savia que corre dentro de sus vasos.

Sentado lo anterior, conviene decir que hay una inmensa variedad de plantas, desde el mango, el chicozapote y el naranjo de clima caliente, hasta el durazno y el capulín de tierra fría.

En el centro de la población, se levanta el mogote que sirviera en tiempos pretéritos de atalaya al destacamento del rey Zaachila I. Si en su cima, que domina toda la extensión del Valle a la redonda, se coloca el observador, puede notar que la Villa de Zaachila es un bosque; un gran bosque que no permite ver la mayor parte de las casas que, como si fueran nidos, se esconden entre la ramazón de la arboleda, sobresaliendo aquí y allá, las blancas torres de las ermitas, cual si fuesen islas de graníticas rocas en medio de un océano de aguas de esmeralda. Sólo que este bosque no está formado de árboles improductivos, sino por árboles frutales que ofrecen sus doradas pomos o bien sus frutos secos de inestimable valor.

Entre los *árboles frutales* podemos citar los siguientes: el nogal, el mango, el zapote, el guayabo, el jinicuil, el aguacate, el naranjo, el chicozapote, el limonero, el limar, el manzano, el plátano, el capulín, el durazno, el toronjo, el cuajilote, el cafeto, el papayo, la higuera, el nanche y el granado.

De éstos árboles, los que no sólo abastecen la población sino que dan un excedente exportable a otros mercados, son: el nogal, el mango, el zapote, el aguacate, el guayabo y el limar.

Entre las *plantas de raíces comestibles*, se dan: la jícama, el guacamote, yuca o mandioca el camote blanco, morado y amarillo; la raíz del chayote (chayocamote o chinchayote), el nabo, el rábano y la zanahoria.

Las *plantas rastreras* o *trepadoras* que producen frutos agradables al paladar, son: la calabaza, el chayote, el chilacayote, el melón y la sandía.

Entre las *plantas industriales*, hay: la higuera o ricino, el cacahuete, el huitzache, el carrizo con el que se hacen artísticos cestos, jaulas y canastas; el pipe o saponaria, el maguey, el toronjil, la caña de azúcar, el malvavisco y el chicalote o argémoma mexicana.

Se dan también: el maíz, el frijol, el chile, el garbanzo, el chícharo o arveja, el tomate, el miltomate, la alfalfa, el trébol, el haba, la patata, la cebolla, el ajo, la lechuga y el chepil.

Entre los *árboles de ornato*, crecen: el paraíso, piocha o lila; la astronómica, la Santa Catarina, el zompantle o chilicote, el laurel-rosa o adelfa, el floripondio, el hueledenoche, el pájarobobo, el monacillo, la bolsa de judas, el zempoaxóchitl y el caloxóchitl.

De *flores*, hay multitud de especies; desde las simples campanulas azules y blancas, hasta la aristocrática rosa-elena, rosaté, rosa-italia, rosa-monstruo, por su gran tamaño; desde la petulante bengala y el altivo clavel, hasta las tímidas violetas y el eucarístico nardo. Hay además, una verdadera profusión de florecillas de vivos colores y de fragante esencia.

Entre los *árboles de sombra* propiamente dichos, crecen: el higo montés o amate que alcanza proporciones gigantescas, pues llega a tener hasta cuarenta metros de altura, su follaje, un diámetro de veinticinco y su tronco, de uno y medio o dos metros de grosor; el eucalipto, que por la bondad de la tierra y el clima, crece muy alto; el fresno, árbol que se desarrolla más que en otros lugares y que proyecta mucha sombra; el árbol del Perú o pirul, que igualmente que los anteriores adquiere grandes proporciones; el sauce llorón, que por la tierra bastante húmeda, también llega a crecer mucho; el mezquite, que abunda y del que se obtiene goma de buena calidad, y por último el huamúchil, que se utiliza para la construcción de ruedas de carreta, como materia curtiente y para la fabricación de fustes.

No escasean las *cactáceas*; entre sus representantes se hallan: el órgano, cactus que crece erecto y único, pero que echa macollos cuando se le secciona; el nopal de penca grande o de

Castilla, propio para la cría de la cochinilla; el nopal de lengüita, de hoja pequeña que dió origen a su nombre; el tunillo y el cactus productor de las jugosas tunas rojas que se utilizan mucho para la confección de helados y refrescos.

Entre las *plantas medicinales*, se dan el marrubio, la hoja de san Pablo, la lengua de vaca, el camotillo de la pegajosa, la yerba del cáncer, el estafiate, el biuxe, la zábila, la yerba del pastor, el hinojo, el monacillo, la malva, el romero y la parietaria.

Entre las *yerbas aromáticas*, se cultivan: el orégano, la hierba-buena, la yerbasanta, el telimón, el tomillo, el almoraduz, la mejorana y el poleo.

Se dan también, el perejil, el cilantro y el epazote.

Además de las plantas enumeradas, hay una completa variedad de yerbas silvestres, unas que producen bonitas flores y otras cuyas propiedades aún se desconocen.

Fauna. La Villa de Zaachila tiene en sus alrededores terrenos de labrantío y una que otra porción inculta que no pasa de ser un barranco o un mogote; por tal causa, los animales monteses son escasos, se reducen a conejos, liebres, ratas, coyotes y juancitos entre los mamíferos. De aves, hay: el zopilote, el quebrantahuesos, el zanate, el tordo, el colegial, el chigué, la tórtola, la paloma torcaz, el gorrión pechirojo, la calandria, la venturilla de un color rojo subido, la monjita, el cardenal, el blanquillo, la golondrina, el colibrí y otros cuyos nombres se escapan a nuestra infiel memoria. Reptiles: el coralillo, la culebra mamadora, el chintete o lagartija, el camaleón y otros. Batracios: el sapo y la rana. Insectos: el escarabajo, el mayate, la libélula, mariposas de bellos colores, la chicharra, la abeja, la avispa, el chapulín, la mosca común, la hormiga, la arriera, la chinche, la pulga, la nigua y otros. Entre los miriápodos se encuentran: la cochinilla de tierra y el cienpiés. Hay también muchas especies de gusanos, entre otros, el medidor, el carnerito, el gusano de tierra y algunos más.

Entre los insectos perjudiciales sólo se encuentra el chahuixtle, que echa a perder el tomate, el frijol y la calabaza; afortunadamente no siempre aparece esta plaga.

Los animales domésticos que los moradores crían, son: el buey, el asno, el perro, el gato, el caballo, el cerdo, el borrego

y la cabra, entre los mamíferos; el guajolote, el pato, la gallina, la paloma casera, el canario, el gorrión y el zenzontle, entre las aves.

La Villa de Zaachila y su aspecto. Teozapotlán se llamó en épocas remotas por los mexicanos, pero los zapotecas le han llamado Zaachila en recuerdo de su primer monarca, como dijimos antes.

Antiguamente fue un lago extenso en cuya superficie rizada por el viento surcaban ánades de blanco plumaje que semejaban grandes flores de lis o copos de algodón. Un tajo hacia el Sur determinó el desagüe, y en su lugar, quedó un extenso valle de tierra fertilísima donde se levantó la señorial ciudad de los zapotecas.

Tuvo suntuosos palacios y severos teocallis: de los primeros quedan aún largos tramos de cimientos por el lado del Panteón Municipal; tuvo días de "tianguis" o días de ferias semanales, en los que concurrían no menos de cuatro mil almas. Hoy los jueves, que es el día feriado de la población, se reúnen no menos de tres mil almas a realizar un movimiento comercial de gran importancia.

La Villa de Zaachila está formada de trece secciones, las cuales comprenden ocho barrios, cada uno con su respectiva ermita. Ellos son: la Purísima Concepción, a quien pertenece la iglesia parroquial situada en el centro de la población; la Soledad que abarca la parte Sur y que cuenta con el mayor número de habitantes; el de San Jacinto, el de San José, el de San Sebastián, el de San Pablo, el de El Niño y el de San Pedro. El número de pobladores es de 5,785, según censo de 1922, todos originarios del lugar. (El censo de 1910, dió un total de 6,205 habitantes).

Fuera del número de habitantes indicado, que no es el exacto, pues allí como en la totalidad de los pueblos de la República, el censo es aproximado, hay gran número de familias zaachilenses que viven, ya en la capital del Estado dedicándose al comercio, sobre todo de semillas, o a otras actividades, o bien en los pueblos circunvecinos. En la ciudad de Oaxaca de Juárez, sin temor de equivocarnos, no hay menos de mil quinientos hijos de Zaachila residiendo por distintos motivos.

Siendo el número de habitantes, considerable, ellos son suficientes para mantener la actividad en el comercio local, pero dicha actividad aumenta en virtud de que de las haciendas y ranchos próximos, concurren los días jueves y domingos, a vender sus productos y a comprar lo que les es indispensable.

Se exporta con regularidad el maíz, el frijol, los huevos, las aves de corral y frutos de diversas clases.

En la actualidad, la población está muy distinta de como era hace cincuenta años. Tiene un jardín central con su respectivo kiosco donde las tres bandas de música dan selectas audiciones los domingos, por riguroso turno. Hacia el Este se halla el Mercado Municipal poblado de grandes árboles. Al Sur del mismo jardín se levanta el Palacio Municipal, y al Norte, alza sus rojas cúpulas la iglesia parroquial. Rodeando jardín y mercado, están las principales tiendas comerciales.

Las calles son amplias, bien alineadas y cubiertas en vez de embanquetado, por tierra menuda o arenosa. Su principal calle es la del Ferrocarril; pero todas en lo general son bien amplias. Sólo las del centro de la Villa están alineadas por paredes, las demás tienen verjas de carrizo cortado del mismo tamaño, o bien, de cactus llamados órganos, los cuales dan a la calle un aspecto poético y encantador, sobre todo cuando florecen.

Hay tres clases de casas en Zaachila, a saber: el jacal, la "tejabana" (tejabán) y las casas de adobe. Las primeras se componen de horcones que sostienen un enjaulado de tijeras y carrizo que constituye el techo que luego se forra de zacate de monte; siendo éste más durable y de mejor aspecto. Al jacal se le pone pared, que por lo regular es de carrizo perfectamente limpio; en seguida se prepara el barro, se unta por dentro y por fuera, se allana y bruñe y se le deja así o se le pinta de cal. Para tejer el cerco que forma la pared, se usan hojas secas de maguey, remojadas y cortadas en el sentido de su longitud. Los techos son de dos aguas.

Hasta hace como treinta años, las casas se hacían con el contingente de amigos; hoy solo se emplea este medio para cambiar los techos de los jacales de un lugar a otro.

La altura de las paredes de estas casas es por término medio de dos y medio a tres metros, sin incluir los techos. A algu-

nas de ellas les ponen pisos de ladrillos; pero en su mayoría son de tierra endurecida.

Cada familia tiene dos y tres jacales; en el principal, *yu chan* (casa del santo), está el altar, en donde tienen pequeños santos en vitrinas o estampas. Las familias pobres sólo tienen uno.

Las tejabanas tienen el mismo soporte que los jacales; pero varían en la clase de techo que es de teja y de una sola agua. Esta clase de habitaciones corresponde a la gente un poco más civilizada y pudiente.

Las otras casas son de adobe y tejado, bien conocidas ya de todos. Las de terrado se diferencian de las anteriores en que no tienen teja en su techo, sino ladrillos cubiertos de una capa de mezcla impermeable que descansa sobre vigas en vez de maderos. Estas últimas casas están provistas de puertas de madera de dos hojas y de ventanas de igual calidad, con rejas de hierro. En ellas viven las "gentes de razón" como se les llama allí a quienes por su adelanto ya se han amoldado a las comodidades que proporciona la cultura.

Los pobladores como dijimos al principio, son todos originarios del lugar, siendo esta la causa por la que Zaachila conserva la pureza de su sangre y de sus costumbres.

ESTADÍSTICA DEL REGISTRO CIVIL. En el año de 1925 se anotaron 220 nacimientos, 206 defunciones y 110 matrimonios; siendo muy raros los divorcios.

Actualmente Zaachila tiene:

8 Iglesias católicas distribuídas en los barrios, y además, una capilla destinada a la virgen del Carmen.

1 Iglesia evangélica.

1 Escuela Superior para niños "Benito Juárez."

1 Escuela Superior para niñas.

1 Escuela evangélica mixta.

1 Palacio municipal, de ladrillo y con dos pisos.

4 Molinos de nixtamal.

6 Telares en los que se hacen ceñidores, servilletas y manteles.

20 Panaderías.

4 Talleres de carpintería.

3 Talleres de herrería.

Como se ve por la enumeración hecha, la población tiene poca importancia manufacturera; carece aun de fábricas y empresas que son el índice del adelanto de los pueblos. Aunque también es cierto que la circunstancia de tener la capital del Estado a doce kilómetros, influye en la falta de dichas fábricas y empresas de empuje.

La mayoría de los habitantes se dedica a la agricultura; pero a una agricultura rutinaria, que sólo basta para llenar las necesidades más ingentes, mas no para hacer progresar al individuo económicamente. Esto obedece en nuestro concepto, a las siguientes principales causas:

I. La mayoría de los pobladores vive de la agricultura que explota en pequeño con sistemas anticuados y cultivando determinadas plantas, como el maíz, el frijol, el garbanzo y la calabaza. La caña de azúcar, el cacahuete, el cuacamote, el camote y la higuera, se cultivan, pero en menor escala que las plantas anteriores, en vista de que el beneficio que requieren importa más dinero.

II. Carecen de tierras más del sesenta por ciento de habitantes, y el resto, tiene pequeñas parcelas. (Hoy ésto está más o menos solucionado.)

III. No disponen de instrumentos agrícolas modernos ni de abonos químicos que repongan los elementos que han perdido las tierras a través de los años.

IV. No cuentan con tierras de riego, sino sólo de temporal y de humedad. Esta clasificación enteramente natural, indica que los agricultores sólo se atienen a lo que buenamente les da la naturaleza, sin recurrir ellos a medios artificiales.

Sobre lo anterior vamos a hacer algunas consideraciones que creemos pertinentes para justificar el estado de atraso de la Villa de Zaachila, con relación a la agricultura.

El cultivo en pequeño no es posible que proporcione al campesino, alguna utilidad digna de tomarse en cuenta, en virtud de que cuando levanta su cosecha, sólo le sirve para saldar cuentas pendientes o para comprarse ropa o algunos implementos de agricultura que le son más necesarios. Y si sólo para eso trabaja el infeliz campesino, es natural que se vea imposibilitado para mejorar económicamente. De aquí entonces que los sis-

temas puestos en práctica, sean rutinarios, por carencia de dinero para modernizarlos y hacerlos productivos, y de aquí también que los cultivos se reduzcan a los de las plantas que necesitan menor inversión de metálico.

Con referencia a la segunda de las causas expuestas, las consideraciones son más dolorosas. Véamos por qué.

La Villa de Zaachila está rodeada casi en el total de su perímetro, por haciendas, dejando a la población de que se trata, muy pocas tierras laborables, y, siendo el número de habitantes, crecido, y teniendo que vivir los más, de la agricultura, no les ha quedado otro recurso, que el de acercarse a los dueños de las distintas haciendas circunvecinas en demanda de tierras.

Para poder obtener un terreno, (se usa la medida por surcos) de cincuenta surcos o cien, (un surco mide de anchura más o menos 40 centímetros, y de largo, por lo regular 80 metros) tienen que luchar por granjearse la simpatía del dueño o mayordomo de la hacienda; una vez obtenido el terreno, lo barbechan, lo cruzan y recruzan, lo desherban, le echan orejera (segundo arrime de la tierra antes de que la milpa eche jilote), zacatean (operación que consiste en quitar la hoja de maíz cuando la milpa está en elote, con el fin de que se seque bien la mazorca) y, por último, pizcan (quitar la mazorca ya seca).

Todos estos trabajos los hace el mediero (nombre que se da a los que siembran en terrenos ajenos) por su cuenta y riesgo. Puesto ésto no es lo reprochable; lo malo está en que después de hacer todos esos gastos y trabajos, da la mitad tanto del zacate como de la mazorca al hacendado.

Si dentro de la milpa se siembra calabaza, como es costumbre, también de ella se hace el compartimiento. Para que el mediero pueda tomar lo que le corresponde, tiene que pedir la venia del propietario del terreno, una vez conseguida, se traslada el mayordomo al lugar de la siembra y allí indica cuál es la mitad que debe quedar a favor de los intereses que administra.

Con este sistema, bien se comprende que las más de las veces, el sembrador, que puso toda su ilusión, todo su esfuerzo y desvelo por alcanzar un buen rendimiento, apenas recibe un medio del producto!

Cuando una persona va a pedir un terreno a algún vecino

del mismo pueblo, le lleva un presente que consiste en piezas de pan de buena calidad, seis u ocho tablillas de chocolate, una libra (460 gr.) de azúcar y cuando menos dos marquesotes. Esta dádiva se repite cuando va a solicitar el día de pizca, amén del succulento almuerzo que se le da en el campo del trabajo. Algunos, no queriendo que se les sirva almuerzo, piden una gallina viva con el fin de aumentar su gallinero.

En los días de volteo, desherba, orejera y pizca, el sembrador da de almorzar a sus trabajadores, atole, frijoles bien cocidos con cabeza o patas de puerco, tortillas calientes y su indispensable *chilmole* (salsa). Sólo el día de pizca se agrega a los alimentos susodichos, el *tejate*, bebida refrescante, alimenticia y aromática, hecha de maíz molido, rosita de cacao, cacao y una pequeña dosis de chile pasilla. Se sirve en jícaras coloradas de Olinalá y al gusto; con azúcar o sin ella.

Todo ésto origina gastos al agricultor en pequeño, por eso como dijimos antes, no le queda gran cosa, y da por resultado, que su trabajo es siempre rutinario y él no progresa económicamente, aunque ese sea su principal objeto.

Por lo que respecta al tercer punto que trata de los instrumentos agrícolas, debemos manifestar que los usados, son muy imperfectos; hélos aquí: arados de madera de estilo egipcio, con una placa de hierro, que es lo único resistente que se adhiere y sirve de cuchilla al arado; bueyes por bestias de tiro, que aunque recios y forzudos, son demasiado tardos en su trabajo; palas de hierro, coas y nada más. Como se ve, mayor atraso en este sentido no puede haber, y sin embargo, la tierra produce a pesar de que apenas es removida, a lo sumo, a una profundidad de quince centímetros. El único abono que usan es el estiércol o bien la arena, y eso, muy rara vez. No obstante, la fecundidad de la tierra es prodigiosa.

La Villa de Zaachila necesita evolucionar en este sentido; ya está evolucionando pero con mucha lentitud; los hacendados, de diez años a la fecha, han comenzado a introducir maquinaria moderna; pero sólo ellos alcanzarán los beneficios mientras no haya una fuerza prepotente que impulse a la masa del pueblo, que constituye la mayoría, a seguir nuevos sistemas de cultivo y a usar instrumentos de labranza que con menos esfuerzos ha-

gan un trabajo mejor. *Lo relativo a tierras, por ahora esta más o menos subsanado; el Gobierno ha dotado a la población con cinco mil hectáreas de ejidos, que sin duda, resolverá en gran parte la triste condición de los sufridos, trabajadores y nobles zaachilenses.*

Otra de las causas del estancamiento de la agricultura de este pueblo, es la falta de agua, disponible en un momento dado, mejor dicho, cuando se necesite. Las tierras están divididas como ya dijimos: en tierras de temporal y de humedad. Las primeras son las de las partes altas, que se siembran en junio y julio para cosecharlas en octubre, o bien en noviembre, y las segundas, las de las partes bajas que se siembran en febrero y marzo para hacer la recolección a fines de mayo.

El chile, el tomate, el frijol, la jícama y las hortalizas, crecen y fructifican a fuerza de riego que se llama de pie. Aunque es cierto que el agua está a uno o dos metros de profundidad, se carece de bombas para hacer más fácil el riego, pero ¿cuándo un pequeño agricultor va a reunir dinero para comprar una bomba? A esto se debe que el riego se haga con cántaros. ¡Imagínese al pobre hombre cuán cansado terminará su faena después de regar trescientas o quinientas matas!.....

Es posible que la compra de estos implementos pudiera realizarse por medio de cooperativas; pero surge a la par la idea de los bajos salarios que allí disfruta el peón y el mismo agricultor en pequeño; el salario medio es de sesenta y dos centavos. Y pasmáos al pensar que este misérrimo salario es las más de las veces para dar de comer y vestir a un matrimonio y a una o más criaturas!.....

Este conjunto de causas mantiene a aquel laborioso pueblo en un estado si no de pobreza, sí de progreso económico sumamente lento.

Comercio. Los comerciantes realizan la mayor parte de sus mercancías al menudeo. El comercio es activo, en vista de que los consumidores no son sólo los de la población, que ya fueran bastantes, sino también los vecinos de las haciendas próximas

Las existencias de las tiendas de comercio se reducen a abarrotes y lencería; ésto último tiene poca salida, debido a que

casi todos se proveen de ropa en la capital. Sombreros, zapatos, zarapes, ropa fina e ímplementos de agricultura, se compran en la ciudad de Oaxaca que está a unas cuantas horas de camino a caballo, y a veinticinco minutos de tren.

La actividad comercial resulta de las realizaciones lugareñas, pues casi todo mundo tiene qué vender los días feriados. Quién vende maíz, frijol, calabaza, semillas de la misma; chilacayota cruda, en dulce o en refresco; frutos de los más variados; pan, carne, tortillas, huevos, gallinas, caña, panocha, queso, nieve, servilletas, ceñidores y manteles; canastos de diferentes clases, ropa hecha, tablas, morillos, flores y otras muchas cosas que constituyen los objetos de compra y venta en los días de "tianguis."

De la ciudad de Oaxaca, van numerosas personas a Zaachila a comprar en los días indicados, grandes cantidades de huevos, gallinas y frutos para revenderlos en el mercado capitalino, o bien, para exportarlos con destino a Puebla y México. Sobre todo, lo que se remite a estas ciudades, son huevos. Según cálculo aproximativo, no hay jueves ni domingo que no se exporte de la Villa indicada, de ochocientos a mil pesos de huevos sóla-mente.

Otro de los artículos que se exportan en gran cantidad, es la nuez llamada encarcelada. Año con año van a la población individuos que se dedican a exportarla, y según ven el árbol cargado de fruto próximo a madurar, así lo pagan. Un nogal de término medio de corpulencia y de vida, no produce menos de cuarenta a cincuenta pesos anuales y sin invertir en su cuidado ningún dinero.

También el cacahuete es motivo de exportación en grandes cantidades; la tierra es muy propicia a su cultivo, pues cada mata produce por término medio siete litros; por supuesto que con todo y cáscara.

El mango, la jícama, el aguacate, el zapote negro, la lima y la guayaba, se exportan igualmente en grandes cantidades a la ciudad de Oaxaca, en donde alcanzan precios mejores. Pero con todo, no obtienen los zaachilenses una ganancia como la que obtendrían si pudieran conservar las frutas que se producen en tal cantidad, que después de vender lo mejor, se pudre gran

parte de ellas. *Por eso la industria que desde luego necesita la Villa, es la de empaque y conservación de frutas.*

Las industrias avícola y apícola, son las únicas que se explotan, pero de una manera empírica, y repetimos, que sólo la bondad del clima y la abundancia de medios de vida para las aves y las abejas, hacen que su producción sea magnífica. ¿Cómo no sería si se atendiera de acuerdo con los progresos que han alcanzado estas industrias en otras partes? . . .

La cera de colmena tiene gran demanda en todo el Valle de Oaxaca, en virtud de que se relaciona de una manera muy directa con el culto católico; pues es requisito adorar las imágenes a la luz amarillenta de una vela o cirio de cera virgen; tal parece, según los devotos, que de ello depende el que las imploraciones llegen más rápidas al dios que se invoca.

Vías de comunicación. La Villa de Zaachila cuenta con las vías de comunicación que se expresan: férrea, telefónica, carretero-automovilística y postal.

El ferrocarril de Oaxaca a Ejutla atraviesa la Villa por su parte media. El pasaje de Zaachila a Oaxaca vale sesenta centavos en primera clase y treinta en segunda.

La vía telefónica la pone en comunicación con la capital y con la Villa de Zimatlán de Álvarez. Los caminos carretero-automovilísticos son en su mayoría, buenos; esta bondad se debe a que siendo el suelo plano y no pedregoso, con poco trabajo se pueden conservar en buen estado de servicio.

¡El día en que los caminos de México en general, llegaran a tener aunque fuera una lejana semejanza con la red de caminos pavimentados que unen las ciudades de Estados Unidos del Norte, sobre todo en el Estado de California, nuestra nación ya podría ir esperando el gran día de su emancipación económica!

Los medios de transporte más usados en la Villa que nos ocupa, son: la carreta, vehículo tosco que los mismos pobladores construyen con troncos de huamúchil; el asno, que en esta población como en todas las demás del Valle, es el compañero de trabajo y de sufrimientos del labriego; él es el que carga los haces de leña para cocer el blanquísimo atole y las sabrosas "gorditas" (tortillas de maíz resquebrajado); el que carga los canastos llenos de frutas para llevarlas al mercado y el que man-

samente, con la mirada apacible, permite que la mujer del campesino lo cabalgue y lo azuze con su frecuente talonear. Últimamente ya se preocupan los pobladores por introducir entre sus medios de transporte, el automóvil, que presta servicios rápidos y eficaces.

La población tiene una Agencia de Correos que mantiene un servicio regular diariamente. Esta Agencia despacha, además de la correspondencia ordinaria, la certificada y vales.

Los pobladores y sus costumbres. Respecto a la parte física de los habitantes de Zaachila, ya la hemos delineado al principio; sin embargo, hay que agregar que en la época presente han variado algo, tanto en la complexión como en sus rasgos fisionómicos: los hay blancos y barbados.

En cuanto a los atributos de su carácter, es bondadoso, hospitalario, servicial, valiente, leal, de fuerte voluntad, adaptable a la civilización, celoso de su honor y de innata disposición musical. Lo que sí perdura en él a través de los siglos y de su civilización, es la idea de que su dignidad nadie jamás debe ultrajarla, porque él ha de reparar tarde o temprano los agravios recibidos, en la forma que mejor le plazca y de modo que se pague con creces.

La bondad del zaachilense no puede ser desmentida por nadie que lo haya tratado; en medio de sus escaseces nunca encuentra reparo en compartir su pan con el amigo o el visitante. Jamás alguien ha salido de su casa sin llevar un obsequio, no importa cuál sea su valor; puede ser una tortilla hecha taco de frijoles, un racimo de mangos o un puñado de maíz; pero siempre el visitante o el amigo salen proclamando la fraternidad del indio y la bondad de su corazón presto siempre a brindar cariño y una dádiva en señal de amistad.

Si alguien toca a su puerta en demanda de hospitalidad, nunca niega el techo de su casa, no le hace que por ello se contraiga peligros o disgustos.

Durante las revoluciones últimas pudimos observar en varios casos, que los jefes militares siempre preferían a los hijos de este noble y legendario pueblo. Por qué? Por la exclusiva razón de que eran disciplinados, muy serviciales y demasiado leales. Cuando el zaachilense ofrece su palabra de amistad o de

obediencia a alguien, bien puede ofrendar su vida en holocausto a ambas.

La fuerza de su voluntad la demuestra ganando con miles de trabajos el pan para sus hijos, y si no descuella en posición, no es por falta de ella, sino por causa del medio en que actúa; mas cuando puede, jamás deja de hacerlo.

Su adaptabilidad a la civilización ya se está revelando; un considerable porcentaje vive con medianas comodidades y procura ilustrarse día tras día.

No es fanático, más bien es tolerante; la prueba palpable está en que en Zaachila ha progresado mucho la religión protestante y nunca se ha sabido de que se atente contra sus creyentes, como ha sucedido en otros pueblos. Cuando la escuela mixta evangélica funciona, el número de sus alumnos compite con el de las escuelas oficiales, con la única diferencia de que a ella asisten los hijos de lo mejor de la sociedad pueblerina.

Si prevalecen muchas costumbres religiosas hasta hoy día, no es porque se crea a pie juntillas que ellas salvan de los pecados, sino porque son demasiado pintorescas y originan festividades que cuadran perfectamente con el carácter del zaachilense, que es alegre y entusiasta por naturaleza.

Su innata disposición para la música es proverbial; tiene facilidad no sólo para el aprendizaje y ejecución, sino también para la composición. En la banda del Estado, honra y prez de Oaxaca, los de origen zaachilense han ocupado siempre los primeros puestos.

Las familias Velasco, Pérez Velasco, descendientes directos en rama colateral del rey Cosijoeza, han dado gran contingente de filarmónicos. Viven en la memoria de los hijos de Zaachila, los nombres de Pedro G. Velasco, y Benito y Agustín del mismo apellido; lo mismo que los de Cipriano, Francisco, Gildardo y Casimiro Diego Pérez. Son igualmente inolvidables José, Tranquilino y Eliseo Pérez Velasco. El primero de éstos se conoció en vida con el nombre de "el Príncipe", por descender de la estirpe regia indígena.

Rosendo Sánchez, es otro músico zaachilense; pero éste sí es técnico, pues se graduó en el Conservatorio Nacional. Hay que agregar, que hasta 1910, había músicos de la población de

que se trata, en las bandas de Policía y Zapadores, en la del 8º Batallón y en otras de importancia, y en todas ellas, nunca ocupaban los últimos lugares, para orgullo de la raza indígena.

En las ciencias y las artes tienen pocos representantes, no porque su cerebro no esté conformado para asimilarse principios elevados, sino porque les han faltado elementos para sostenerse en los estudios. Los que han ido a las aulas en pos de verdad y de altura de miras, lo han logrado.

Siendo el presente estudio una reseña que pretende ser más o menos fiel, no queremos pasarnos sin considerar algunos nombres de los pocos que han podido graduarse en escuelas profesionales. Hélos aquí:

- 1 Licenciado. Carlos María Gil.
- 2 Doctores. Fausto y Carpóforo Pérez.
- 1 Tenedor de Libros. Amador Bravo.
- 1 Profesora de Obstetricia. Carmen Velasco.
- 3 Sacerdotes. Nicolás Gil, Luis Robles y Cecilio Mendoza.
- 5 Profesores de Educación Primaria. Apolonio Luis Aguilar, Enrique Reyes, Pedro Ramírez, Martiniano Chacón y el que ésto escribe.

Fuera de éstos, hay otros que también merecen recordarse con cariño, porque si no adquirieron un título profesional, en cambio han hecho mucho bien enseñando al que no sabe. Ellos son: Rafael Carreño, Francisco Martínez Gil y Juan Velasco.

Ha tenido también algunos militares, entre otros: Juan Robles, Pedro G. Velasco. Federico Martínez V. y Mónico Aguilar.

Dijimos que el zaachilense nunca olvida un agravio, y ese es en verdad su lado flaco; las frecuentes notas de sangre que se registran en la población, obedecen a esa idea que tiene de su dignidad. No perdona un insulto, una bajeza, un atentado a su honor; sólo con la vida se paga cualquiera de estos agravios. Y es así, porque ninguna de las partes redarguye la lucha; todos llevan en sus venas la misma sangre y nadie hasta la fecha ha sabido correr de su rival, por lo que a menudo, se consignan asesinatos inmisericordes.

Indumentaria. Los campesinos visten calzoncillo y camisola de manta blanca o de colores. La cintura la llevan sujeta con un ceñidor. Se cubren con sombreros de anchas alas, de lana o de

palma. Los pies los llevan calzados con guaraches. Para las fiestas usan las mismas prendas, sólo que de lienzo más fino. También el sombrero de fiesta es distinto, es un sombrero charro de pelo de castor o de conejo, bordado con hilo de oro o plata que vale de cuarenta a cincuenta pesos.

Sus mujeres usan por faldas, cobijas que recogen en los flancos con pliegues, y por faldillas, llevan refajos de manta. Sujetan la cobija en su cintura por medio de un ceñidor. Usan camisas con labores de hilo blanco o negro, y el busto lo cubren con un pañuelo atado en la nuca por dos de sus puntas. Su cabellera la dividen por una raya media y luego se hacen dos trenzas que las rematan con cintas negras. Se tocan con rebozos de color azul. El vestido fiestero se compone de las mismas prendas, pero de calidad superior; la cobija es de las llamadas "mantas de Tlacolula", el ceñidor, de seda; la camisa es de género con dobladillos y labores, y el rebozo, de "bolita." Los pies, generalmente los llevan desnudos.

Esta indumentaria ligera se soporta en virtud del clima que es siempre benigno, y por la costumbre que se ha venido transmitiendo de padres a hijos. Sin embargo, este vestido típico ya va desapareciendo con rapidez.

Los artesanos que ya son más cultos, visten de pantalón, camisola y zapatos y usan casi siempre sombreros finos, charros o de fieltro. Sus mujeres usan enaguas de organdí, sedalinas o sedas; mascadas de la misma calidad; zapatos, anillos y aretes de oro.

Los comerciantes y "gente de razón", como se llama allí a los más civilizados, visten a la europea, tanto ellos como sus mujeres.

Se habla el idioma oficial o sea el castellano; pero la mayoría de los habitantes persiste en hablar su propio dialecto que es el zapoteco.

Género de vida. Los campesinos constituyen la parte más atrasada de la población; duermen en esteras, en camas de tabla o de carrizo y se alimentan de atole, tortillas de maíz, frijol, carne y pan en pequeña cantidad. Pero tal vez a la clase de alimentos se deba su fortaleza, buena salud y longevidad.

El resto de los pobladores se alimenta de leche, chocolate, pan y carnes diversas. De éstos últimos puede decirse que van

marchando, en cuanto a sus costumbres, con la época actual.

Todos los habitantes de Zaachila practican el baño con regularidad y con frecuencia, el aseo es su característica; con toda confianza se puede aceptar de ellos cualquier obsequio, con la seguridad de que es limpio.

Sus casas y sus amplios patios, siempre están barridos, lo mismo que sus calles.

En el arroyo denominado "La Zanja", que divide el pueblo en dos partes, se ve diariamente a las mujeres lavando ropa; cosa que también hacen en sus casas. En el mismo arroyo se bañan, al aire libre; aparte de que la mayoría utiliza el agua de pozo que cada quien tiene para sus usos.

En vista de que carecen de cinematógrafos, teatros y circos, acostumbra dormir apenas entrada la noche; pero en cambio, se levantan con los primeros albos del día. No obstante, cuando empresarios de dichos espectáculos, llegan a establecerse en la Villa, concurren a las funciones, o bien, van semanariamente a la capital, los que mejor pueden, a distraerse con los variados espectáculos que allí hay.

En cambio, dado su carácter alegre, se divierten en demasía en sus festividades patrias, hogareñas y religioso-profanas.

Los casamientos, los bautizos, las mayordomías, los onomásticos, son motivos de gozo, de confraternidad y de despilfarro.

Refiramos con algunos detalles estas fiestas; pero antes, hay que advertir, que cuanto se diga alude a los campesinos, que son los que aún conservan costumbres tradicionales y pintorescas.

El casamiento. Es costumbre entre los indígenas poco civilizados, solicitar la mano de la novia antes de que amanezca. La comitiva la forman los papás y el güegüete, (persona que de oficio desempeña la comisión de pedir la mano de la novia en representación de los padres y que por tanto conoce todo el ceremonial relativo.)

Cuando un padre tiene hija o hijas casaderas (15 años en adelante), ya espera de un día a otro que le vengán a interrumpir su sueño mañanero, así es que cuando le hablan a las tres o cuatro de la mañana, desde luego piensa que es la comisión de pedimento de alguna de sus hijas.

Casi nunca responde a la primera vez que llaman a su puer-

ta, sino hasta la tercera; sale a abrir; "el güegüete" o "chigule", saluda con todo respeto y pide dispensas por importunar a esa hora. El dueño de la casa los introduce al jacal o tejabana (yu chan), donde se encuentra el altar y donde la esposa ya ha encendido la luz; toman asiento en sillas o escaños; el que lleva la voz saca una cajetilla de cigarrros, ofrece uno a cada circunstante y comienza a entablarse alguna conversación, que generalmente versa sobre el estado del tiempo, las esperanzas de la próxima cosecha, o bien, acerca de algún tópico de actualidad. El "güegüete" aprovecha el primer momento en que la plática decae algo y con una inclinación de cabeza y una mirada significativa al dueño de la casa, se adelanta y se arrodilla frente al altar, se persigna, pronuncia una oración y en seguida, poniéndose de pie y vuelto hacia los padres de la novia, les comienza a exponer el motivo de su visita a hora tan impropia. Su discurso está lleno de imágenes retóricas bien hechas, en el que compara a la joven pretendida con una rosa o una azucena, y al pretendiente, con un clavel u otra flor.

Terminada su peroración, ofrece una copa de mezcal a los presentes. El dueño, al recibir la oferta, haciendo la señal de la cruz, dice: "en buena mano está"; entonces el güegüete ya sabe que tiene que tomar él primero. En seguida, le sirve otra copa al que la ofreciera antes; pero éste al tomarla, manifiesta, que va a disfrutar de aquel "líquido" pero que al hacerlo, advierte que lo hace por buena crianza, nunca para contraer ningún compromiso. Aceptado lo anterior, la escancia.

Todos toman sendas copas; la conversación se anima y versa acerca de la novia. Los padres de ella extrañan que se hayan fijado en su hija que no tiene ningunos atractivos, es pobre y muy pequeña para poder saber sus obligaciones. El güegüete aclara que el joven pretendiente y los padres de éste, no buscan prendas exteriores, sino virtudes, y esas las reúne de sobra la hija de ellos. Después de esta discusión, y para terminar, los padres de la presunta esposa, ofrecen consultar el caso con su hija, y si ella quiere, respetarán su decisión y así lo harán saber a los peticionarios, pasados quince o más días.

Cuando esta entrevista termina, los primeros resplandores del día aparecen por el oriente.

Pasado el tiempo convenido, y a la misma hora que la primera vez, vuelven a presentarse los papás del novio y el indispensable güegüete; se repiten las mismas ceremonias que la vez anterior y a la hora de la conversación, los dueños de la casa manifiestan que no es posible, o ponen otro plazo para resolver; ésta es buena señal, pues revela que los padres de la muchacha desean recabar informes sobre la conducta del novio, de la de sus padres; si es trabajador y si ofrece garantías para ser un buen esposo. Y efectivamente, ellos reúnen a sus familiares más próximos y deliberan acerca de la conveniencia de emparentar con los que solicitan la mano de su hija.

Vencido el segundo plazo, entonces sí ya declaran en definitiva que la hija y ellos están conformes con que se efectúe el casamiento, o bien, que siempre no es posible.

La novia al haber sido interpelada por sus padres, deja la resolución de tan delicado asunto, al buen criterio y experiencia de ellos.

En esa ocasión al dar el "sí", el güegüete pregunta cuándo quieren que "entre la luz"; los padres fijan el día y en seguida los peticionarios, toman nota de lo que se necesita para dicha ceremonia.

La nota que toman los padres del novio, consiste en una lista de: número de rosas artificiales, todas rojas; cantidad de pan, chocolate, pinole, marquesote y licores que deben llevar para el día supradicho. Casi siempre los padres se niegan a dar esta lista, pero al fin aceptan.

El acto de la "entrada de la luz" tiene por objeto poner en conocimiento de los familiares de la novia, tanto la resolución de casarla como darles a conocer al novio. Se verifica en las primeras horas de la mañana.

Dos o tres días antes de "la entrada de la luz", se hacen las invitaciones a los familiares para que asistan al acto; éstos, al aceptarla, se comprometen tácitamente a obsequiarle algo a la novia en el día de sus bodas. Se confirma este compromiso al recibir una de las rosas de papel que son obsequiadas al concluir el discurso del güegüete el día de referencia.

En esa mañana se desayunan todos los concurrentes; pero como se dijo antes, lo necesario para dicho obsequio, fue llevado previamente por la familia del novio.

Al finalizar el acto descrito, se concierta el día de la presentación, y desde esta fecha, los padres del novio, que sufragan todos los gastos del casamiento, pues es costumbre que ellos con su peculio casen a sus hijos, obsequian domingo tras domingo a su presunta 'nuera, los mejores dulces, frutas y otros manjares.

La presentación es una ceremonia semejante al de la entrada de la luz, después de la cual convienen en el día en que se ha de llevar a cabo el casamiento.

Los padrinos de bautizo del novio son los que costean el alquiler de los vestidos que han de ponerse él y ella el día en que se casen. Los de bautizo de la novia, los que le obsequian el baúl de cedro. Todo ésto, sin que se los pidan; de antemano saben que es de su deber contribuir con estas cosas.

Asínismo, los parientes de la novia, desde que recibieron la roja flor artificial, preparan los obsequios, consistentes en camisas bordadas, faldillas, rebozos de bolita, "mantas de Tlacolula", ceñidores de seda, planchas (para aplanchar la ropa), zapatos, mascadas, manteles, anillos y otros diferentes objetos. Está por demás decir que los padres hacen igual cosa, con todo lo cual se forma la dote.

Los padres del novio, por su parte, ya convenido el día del casamiento, se dan la tarea de invitar a sus familiares, compadres y amigos para que los acompañen el día de la boda de su hijo.

Hagamos un paréntesis a este respecto. Existe la siguiente costumbre en la Villa de Zaachila: de que un matrimonio tiene un hijo, comienza a aceptar todas las invitaciones que se le hacen para casamientos, bautizos, onomásticos y mayordomías, y asiste a ellas, pero llevándole algo al anfitrión. Ese algo consiste en dinero efectivo, una o dos cajas de cerveza, cinco o diez litros de mezcal, cinco o más docenas de huevos, harina, guajolotes, gallinas, una o dos fanegas de tortillas confeccionadas, y todo lo que consideran que sea útil a la persona que celebra alguna fiesta.

El invitante recibe lo que se le lleva, lo anota en su libro de familia y el día en que su donante tenga alguna fiesta y sea a su vez el invitado, entonces deberá corresponder al obsequio en alguna forma. A estos préstamos o ayudas, se les da el nombre de "guelaguesas."

Con tal sistema, todo fandango es espléndido, y en cambio, es bastante cómodo, pues se van preparando los futuros derroches poco a poco, y saldando de la misma manera.

Así es que los padres del novio invitan, a las personas a quienes han dado guelaguesas; por supuesto que jamás les dicen que van a cobrar lo que se les debe; no, sino llegan, hacen la invitación y manifiestan sus deseos por que "los acompañen el día de la boda de su hijo." Como ésto se hace con anticipación, hay tiempo para corresponder la "guelaguesa." Muchos no sólamentemente saldan su deuda, sino que a su vez, anticipan lo que quieren y puedan.

El día del casamiento, desde muy temprano, llega la dueña de la ropa que han de llevar los contrayentes, a la casa de la novia, a la que arregla poniéndole el vestido, azahares, velo y calzado blancos, de tal suerte queda la campesina que transformada totalmente de pies a cabeza. El novio igualmente cambia su indumentaria acostumbrada, por un flux negro, bien planchado, corbata blanca, calzado limpio y sombrero de fieltro.

Una vez ataviados, esperan el momento de la marcha. Amaneciendo llegan los padrinos de bautizo del novio, que lo son también de casamiento, con una banda de música que se sitúa frente a la casa de la novia, y mientras ejecuta marchas alegres, en el interior de la casa se verifica una ceremonia.

En una estera que se tiende frente al "yu chan", (casa del santo), se arrodillan los contrayentes; el "güegüete", que en todos estos actos es de rigor que esté, les dice un discurso, explicando que la muchacha una vez salida de su casa, pertenece al marido, en quien desde ese momento debe depositar todo su cariño, confianza y obediencia; que en él encontrará en lo futuro, a su sostén, a su amparo y a su defensor contra cualquier asechanza; en tanto, que al hombre, le manifiesta la grande responsabilidad que tiene como esposo; que en lo fututo debe tratar y considerar a la compañera de su vida, que la quiera y respete, y sobre todo que le proporcione, entre sus posibilidades, todo lo que haya menester.

Terminada esta peroración, el padre se aproxima y bendice a los novios, dándoles algunos buenos consejos; luego sigue la madre, los abuelos, los tíos y los padrinos; hay que advertir

que en este ceremonial sólo intervienen los parientes de la novia.

Después de este acto conmovedor, que hace verter lágrimas en abundancia a la novia y a la madre de ésta, y a algunos más, sale la comitiva a la que precede la banda de música tocando siempre alegres piezas.

Al iniciarse la marcha, queman una "rueda catarina" (aro de carrizo con muchos travesaños, provisto de cohetes dispuestos en tal forma que al irse encendiendo le imprimen un movimiento de rotación alrededor de su eje.) En todo el camino van arrojando cohetes al espacio, hasta llegar a la iglesia en que se ha de efectuar el casamiento religioso.

Los padres y familiares de la novia, no van con la comitiva a la iglesia, sino con el "güegüete" a la cabeza, se dirigen a la casa del novio, en donde son esperados para servirles el desayuno.

Concluída la ceremonia religiosa, generalmente a las siete de la mañana, los novios y la comitiva se dirigen a la casa de los padrinos, donde esperan ya los invitados de éstos. Allí se desayunan todos; bailan uno o dos sones y en seguida marchan a la casa del novio. Hay que aclarar que el costo del desayuno es por cuenta y riesgo de los padrinos.

Otra "rueda catarina" anuncia la salida de la comitiva, y durante el trayecto, hasta llegar a la casa del fandango, no cesan los comisionados para el caso de arrojar cohetes.

Al llegar a la casa del novio, los padres de éste y todos sus parientes próximos, salen hasta la puerta a recibir a los desposados; la madre abraza cariñosamente a su nuera, la lleva hasta una estera tendida en el suelo, también frente al "yu chan", y allí se repite la bendición, sólo que en esta vez, los parientes paternos son los que toman parte en ella, después de que el güegüete dice su parangón (discurso).

Terminado este acto, la madrina comienza a tirar frutos y dulces diversos en el patio, los que son recogidos con inmenso júbilo por la chiquillería, que en acto tan trascendental, no deja de tomar participación,

Después del acto indicado, pasan por turno a las mesas, siendo los novios los primeros. Como los comensales son nume-

rosos, se construyen grandes enramadas bajo las cuales se colocan las mesas. Para los músicos se hace una especialmente. (La banda se compone de 25 a 30 músicos).

En seguida se sirve en primer lugar el chocolate y a cada quien un plato lleno de piezas de pan de huevo y marquesotes; luego, el chocolate-atole en "cocos" (pocillos de jícara, pintados y decorados con laca de Olinalá). A continuación se sirve un platillo de "higaditos", un mole llamado "coloradito", hecho de carne de puerco y gallina, y al último, los indispensables frijoles.

Existe la costumbre de que cada quién después de tomar hasta la satisfacción, tiene que recoger la demasía de pan, carne, tortillas, etc.; pues hay que advertir que a cada uno se le sirve la carne por cuartos de gallina o guajolote, y el pan y lo demás, en abundancia.

Terminado el desayuno, comienza el baile. Los novios son los primeros en bailar los alegres sonos que ejecuta la música. Estos se bailan honestamente; las parejas se sitúan a cierta distancia y al cambiar de són, cambian de lugar mutuamente, pero siempre desunidos.

Durante todo el día no cesa el servicio de mesa, pues invitados y más invitados llegan a participar de la alegría de aquella gente.

Pasado el medio día, (dos de la tarde), se sirve la comida y ésta es espléndida y abundante. Como platillo de rigor figura el mole de guajolote.

Las "guelaguesas", de las que hablamos antes, se comienzan a recibir con dos o más días de anticipación al del casamiento; pero hay muchas que llegan el mero día.

De intervalo en intervalo, los comisionados para el efecto, reparten a todos los circunstantes pequeños ramilletes de laurel y cilantrillo, (yerbas muy olorosas), así como reponen dos o tres veces las flores de las mesas que en jarrones de barro vidriado esparcen sus delicados aromas.

Lo que ensombrece el colorido de estos fandangos, es el abuso que se hace de las bebidas embriagantes; el tepache, el mezcal y la cerveza, son escanciados muy a menudo, de tal suerte que pronto comienzan a registrarse una que otra inconsecuencia, por los que se extralimitan en la bebida, Hombres y mujeres

toman; pero estas últimas con parquedad. Los jóvenes de uno y otro sexo, toman aguas gaseosas y cerveza en poca cantidad.

Cuando el sol está próximo a ocultarse, la madrina, inicia la retirada; una mujer, tía de la novia, toma en sus brazos un guajolote, y un hombre, tío del novio, una olla de aza y muchos ramilletes de yerba olorosa que llaman "rosa de borracho." Se forma la comitiva con la banda de música a la cabeza y a la que se agregan los novios. Desde el patio de la casa, comienzan los dos individuos descritos, a bailar un són denominado "El guajolote", y a partir de allí, van repitiendo este baile, los mismos, en todas las esquinas, hasta llegar a la casa de los padrinos. Está por demás decir, que ésto, despierta la curiosidad en los habitantes de las calles por donde va recorriendo la comitiva. En los trayectos de una esquina a otra, la música ejecuta piezas alegres.

En la casa de los padrinos se baila otro rato y con este acto termina el día del casamiento. Los novios con algunos de sus parientes, regresan a su casa a descansar.

Al día siguiente, tiene lugar la tornaboda, en la que se atiende con toda solicitud a los parientes de ambos contrayentes. Es costumbre que en este día, la novia sea quien comience a dirigir los trabajos de la cocina.

Al tercer día de la boda, los padres de la muchacha recién casada, acompañados de una banda de música, conducen la dote de la hija a la casa del marido, y hay otro día de fiesta en la casa de éste.

Los gastos que se realizan en estos casamientos son exorbitantes; pero debido al sistema de las guelaguesas, por onerosos que parezcan, son perfectamente soportables para los padres de familia.

Los casamientos entre la "gente de razón", ya no se efectúan con todas estas ceremonias, pero sí son tan suntuosos como el descrito.

Debido a los gastos tan fuertes que se hacen para obtener una esposa, a últimas fechas, han preferido quebrantar las costumbres aconsejando a las muchachas a que huyan del hogar paterno, para después efectuar sólomente lo relativo a la boda.

Una vez verificado el casamiento eclesiástico, entonces tiene lugar el civil; pero éste se hace sin pompa ninguna.

Mayordomías. Cada santo, patrón de un barrio, tiene su cofradía, y ésta se compone de uno o dos mayordomos, dos o tres diputados y uno o dos alcaldes. A cada uno de ellos les va tocando celebrar una fiesta y labrar la cera destinada al servicio de la iglesia a que pertenecen.

Tanto en el día de la "labranza" (el día en que se fabrican los cirios y velas), como en el del santo, patrón o patrona, hacen fandangos semejantes al de los casamientos, y ésto, como es de suponerse, además de empobrecer a los que hacen el gasto, mantiene a gran número de habitantes en frecuentes holganzas y dilapidaciones.

La característica de las mayordomías las constituyen el tambor y la chirimía, instrumentos rudimentarios que se tocan en "El Cerrito" para saludar el día de fiesta religiosa, más tarde en el atrio de la iglesia en que tenga lugar la misa, y por último en la casa del mayordomo, diputado o alcalde.

La Semana Santa en Zaachila. En tiempos pasados, (cuarenta años a lo menos) desde el primer viernes de cuaresma se dejaba escuchar en la ermita del barrio de la Soledad, el monótono toque de un tambor, un toque sordo, lúgubre, que anunciaba el *viernes santo*, día en que fue crucificado el predicador de Galilea.

Todos los viernes subsecuentes al primero, eran días muy divertidos para unos y de profundos recuerdos para otros.

En las primeras horas de la mañana, la procesión se organizaba en el templo principal. Una multitud marchando con devoción, presidida por "los ancianos" (nombre que se les da a los individuos que ya han sido mayordomos), que llevaban grandes cirios, con el Crucificado bajo palio y una banda de música, se dirigían por el lado Este del Mercado, recorrían varias calles hacia el Sur; luego cambiaban de dirección hacia el Este, atravesaban gran parte del barrio de San Sebastián, hasta volver nuevamente al punto de partida.

Era gracioso y encantador el aspecto que presentaban las calles por donde recorría el viacrucis. Los crédulos y humildes moradores procuraban levantarse apenas la alborada; cuando celajes de oro y grana tapizaban el cielo y las canoras aves hendían el aire para contemplar más cerca el firmamento. Ellos, con sus escobas en la mano y rebozante el pecho de inefable religio-

sidad, poníanse inmediatamente a barrer y regar la calle espaciosa y cubierta de menuda arena. No paraba hasta allí la faena de aquellas buenas gentes; una vez hecha la limpieza, cada quien adornaba las puertas de su casa con banderas, flores o arcos de papel multicolor y procuraba regar la calle con pétalos de rosas perfumadas o con la inflorescencia arracimada de florecillas azules, que se llama "flor de conejo."

Hoy todas estas fiestas preliminares de la semana mayor, no se practican, sólo quedan en la mente de los viejos que las añoran suspirando por ellas. Las siete semanas, como siete poemas musicales, ya no tienen la misma resonancia de antes ni la mismo poesía; sin embargo, perduran aún las costumbres legendarias de la semana mayor. Helas aquí.

Una semana antes del *viernesanto*, de todas las ermitas de la población salen comitivas de jóvenes entusiastas, hacia las montañas de Santa Inés del Monte, con el fin de traer de ellas, laurel, cilantrillo, juncos y "disciplinas" (planta parásita), que servirán para adornar los altares de las iglesias; pues es imposible que falten en esta festividad, dichos adornos.

Desde el *lunesanto* comienzan a llegar de las montañas las comitivas cargadas de yerbas aromosas, y desde ese día, comienza el alboroto de los habitantes; pues hay que advertir que hoy todo ésto no es sino motivo de gozo y nunca de tristeza.

Hay un lugar al Oeste de la población, llamado "El Cuajilote", al que llegan los diferentes grupos que van por el laurel a la vecina sierra. Allí se detienen y esperan a una banda de música que va por ellos; después, arrojando cohetes, se encamina cada grupo hacia su ermita respectiva.

Los campesinos, llevando en sus espaldas sendos tercios de laurel, sostienen en sus manos, caracoles nacarados, a los que por medio de fuertes soplos, arrancan roncas y prolongadas notas que se dejan escuchar a lo lejos.

Al llegar el grupo al atrio de su iglesia, es recibido por las esposas de los mayordomos quienes les sirven a cada uno en jícaras coloradas, el "tejate", (bebida refrescante hecha de maíz molido mezclado con cacao y flores de la misma planta); en seguida, les dan pescado envuelto en huevo, abundantes tortillas y cuando menos, dos platillos más.

Es costumbre obsequiar en esos momentos a todos los demás concurrentes, con tejate y demás viandas de las ofrecidas a los que trajeron el laurel.

Las autoridades del lugar son invitadas y participan también de los obsequios.

Todo esto mismo se repite en las demás ermitas, de manera que son fuertes los gastos que cada hermandad realiza sin poder evadirlos.

Desde el *juevesanto* las campanas enmudecen y sólo se oye por doquiera el continuo rac-rac de las matracas que no cesan de girar alrededor de sus ejes en las traviesas manos de los chichuelos; por otra parte, el melancólico preludeo del Mater Dolorosa, entonado en cada iglesia, no deja de contristar el espíritu.

Desde las cuatro de la tarde del jueves de la semana mayor, los vecinos de la población, vestidos de gala, comienzan a recorrer las calles con el fin de visitar las ermitas y poder darse cuenta del gusto que cada hermandad ha empleado para adornarla. Las jóvenes, llenas de salud y alegría, dejan escuchar sus risas cristalinas y no cesan de mirar de soslayo a los jóvenes que, "estrenados" (ropas nuevas), aprovechan esta oportunidad de poder contemplar a su satisfacción a las muchachas que muy poco frecuentan las calles y paseos.

Cuando la luna se alza en el Oriente y sus hebras de plata bañan la risueña villa, la multitud aumenta, y entonces es cuando los altares se destacan resplandecientes e invitan a los fieles a que los contemplen.

Las ermitas no son de muy grandes dimensiones, excepto la principal, por tal razón se puede adornar profusamente. Cada templo tiene varios altares, pero entre todos, puede distinguirse el principal que guarda una lujosa vitrina en la que se aloja el santo del barrio.

En cada altar se colocan columnatas de madera que sostienen grandes cirios, (cada uno pesa hasta 15 kilos) y sobre unos escalones que hay al pie de los altares, hay también distribuidas macetas de milpa, cebada, trigo o chíá, y en los intervalos que deja cada una, hay frascos llenos de agua de diversos colores que fulgen luminosos sobre aquel fondo de esmeralda. Los frascos ciñen con sus bocas de cristal, ramilletes de alhelies, alba-

haca, trébol y nardos, y el perfume exhalado por las variadas flores, por el laurel y por el incienso, hacen la atmósfera pesada, pero agradable al olfato. Del centro de cada bóveda, se desprenden arañas de cristal que llevan muchas bujías, así como también despréndense mil festones de papel de china. De trecho en trecho, y suspendidas de finos hilos, se ven brillar banderitas de papel de oro y plata, y desde el altar mayor, hasta la puerta de entrada, se extienden dos hileras de bujías esteáricas que arden pendidas de alambres finísimos.

El domingo de pascua, después de las prácticas religiosas, el mercado público es invadido por un inmenso gentío, en el que se ven los típicos sombreros charros bordados de oro o plata; sarapes lujosos, rebozos de seda, vestidos vistosos y mascadas de encendidos colores.

Los puestos en los que se expenden toda clase de frutas y comestibles, inclusive las tiendas de abarrotes, son adornados ese día con carrizos enflorados, banderas y festones, y frente a cada uno de ellos, hay enclavado un morillo que sostiene en su extremo superior, a un mono de papel que representa a Judas Iscariote, y que lleva en su interior, multitud de cohetes y busca-piés.

A las diez de la mañana, un confuso y atronador ruido se extiende por el éter y una humareda densa obscurece el ambiente; es que los judas se han convertido en cenizas, el papel que los formaba, en humo, y los cohetes en tronidos ensordecedores.

En la tarde, las bandas musicales, situadas al frente del Palacio Municipal, rompen el silencio con alegres piezas de sus repertorios, mientras las máscaras en tempestuoso remolineo, danzan pertinaces hasta la puesta del sol.

Durante todos estos actos, los concurrentes llenos de gozo, saborean ricas frutas, y exquisitos helados pastelillos.

De ese modo se celebra en la actualidad la semana santa, en la histórica y encantadora villa de Zaachila.

La danza de plumas. Cuando hombres y jóvenes pretenden organizar la "Danza de plumas", se reúnen en el transcurso del mes de enero; acuerdan cómo se han de repartir los papeles; quién ha de ser el Moctezuma, quién el Cortés, quiénes las Malin-

ches, y cuando ya han completado el personal necesario para formar la danza (especie de drama), entonces todos concurren ante el presidente municipal a fin de que en su presencia se comprometan todos a cumplir con su palabra de figurar en el drama que tratan de representar, y que como dijimos antes, se llama "Danza de plumas", para lo cual se levanta un acta que firman todos, inclusive el presidente municipal.

Una vez formalizados los preliminares, comienzan los ensayos semanales. Para ésto, los que encabezan la danza, tienen que hablarle a un individuo que de oficio se dedica a enseñarla. Este, una vez contratado por tanto más cuánto, busca a uno que sepa tocar el bandolón.

Semanariamente, los días domingos, se verifican los ensayos en la casa de cada uno de los danzantes, por riguroso turno.

Al comprometerse para estas cosas, es necesario resolverse a gastar una buena cantidad de dinero. Veamos por qué.

El día del ensayo, el de la casa ya tiene preparado chocolate, almuerzo, comida y uno que otro licor para todos los que forman la danza y que son: quince danzantes, otros tantos soldados, dos malinches, el maestro director y el músico. Este gasto es inevitable, y lo va haciendo cada uno al tocarle su turno; no se libran de él ni las malinches.

Estos ensayos duran hasta fines de noviembre en que se hace el general, y se presentan ante el público, el 8 de diciembre, día de la Concepción de la Virgen María.

Desde tres meses antes de dicho día, cada quién comienza a preparar su vestido. El de los danzantes consiste en unos pantalones de tafetán de algodón o de seda, de colores variados, con encajes y fleco de oro en la separación de cada color. Llevan una camiseta blanca; en las espaldas un pequeño manto rojo, azul o verde. En el pecho lucen una placa dorada y en la cabeza, una corona circular más o menos de cuarenta centímetros de radio. Toda ella es de plumas blancas, rojas, verdes, azules, amarillas y moradas, artísticamente combinadas y luciendo en su extensión, en una y otra superficie, espejitos en forma de estrellas, distribuídos igualmente con gusto artístico.

Los pies los llevan calzados con pantuflas lujosamente bordadas, calcetines blancos y listones vistosos por ataderas. En la

mano derecha pulsan una sonaja, y en la izquierda llevan una macana de madera de forma artística. Hay que agregar que todo el vestido está adornado de lentejuelas que le dan un aspecto reluciente a la vez que elegante.

El complemento de esta danza es el grupo de soldados; todos son niños de ocho a diez años, excepto los que hacen de Cortés y de Alvarado, que son hombres. Estos se mandan hacer también sus vestidos especiales de militares.

Por lo dicho se ve que cada uno de los comprometidos para esta clase de drama, gasta un buen número de pesos cantantes y sonantes.

Ahora, veamos cómo se desarrolla.

La danza está formada por dos secciones: los danzantes que representan a Moctezuma y los nobles aztecas, y los soldados que representan a Cortés y sus compañeros de conquista.

El drama se representa al aire libre, sin decoraciones ni nada, sino en un amplio patio en el que se sitúan, en un extremo, los danzantes, y en el otro, los españoles.

Los danzantes se forman en dos filas de siete hileras; Moctezuma, el emperador, se sienta en una silla presidiendo el grupo, conservando a su lado la "Malinche", su esposa, representada por una niña de diez a doce años, vestida con enaguilla roja, blusa blanca y zapatillas verdes, tendiendo el conjunto, a dar los colores de nuestra bandera. En la espalda lleva su carcaj repleto de saetas. Su vestido es fino a la vez que elegante.

El gentío rodea este espectáculo, pero dejando amplio espacio para que los actores puedan hacer sus evoluciones. Ninguno de ellos lleva máscara, como en las otras mojigangas.

La banda de música se sitúa a un lado y comienza a desarrollarse el drama. Los danzantes después de hacer vistosas evoluciones al són de sus sonajas y de las armonías musicales, quedan formados como se dijo al principio, en dos filas y siete hileras. Luego comienza el baile, siguiendo los compases de vals unas veces, y de melodías especiales otras.

Los catorce danzantes bailan simultánea y rítmicamente, entrecruzándose, avanzando y retrocediendo. Su baile es majestuoso, solemne, en una palabra, artístico. Parece que son movidos automáticamente; pues se ve que marcando el compás con

la punta y talón del pie, van saltando y de vez en cuando ejecutan una vuelta, pero hincando sucesivamente las rodillas. Este movimiento lo hacen uniformemente y con una rapidez que sólo se obtiene con el ensayo frecuente y pertinaz.

Interrumpen el baile para dirigirse a Moctezuma, en presencia del cual bailan, para ofrecerle su ciega adhesión y respeto absoluto, manifestándole que están dispuestos a pelear hasta el sacrificio por salvar sus dioses, sus costumbres, su patria y su emperador. Así se va desarrollando el drama. Al concluir ellos esta parte, Moctezuma se levanta y al són de otra armonía, especial para él, baila solo en medio de las dos filas; los danzantes lo van acompañando con el compás de sus sonajas.

El baile de Moctezuma es para verse; verdaderamente se imagina el espectador, que el que baila, es un hombre superior de noble abolengo. Su baile es armonioso, elegantísimo, irreprochable, podríamos agregar. Al concluir, se dirige en una arenga a sus vasallos para invitarlos a luchar contra los conquistadores, hasta el último momento. (Como se ve, aquí se comete un error histórico, pues aquel monarca, no osó oponerse a los españoles; sin embargo, el drama está compuesto con fines de despertar el patriotismo.)

Terminado este acto, Cortés y los suyos inician sus actividades por medio de evoluciones; luego, Alvarado, pretende entrar al palacio imaginario de Moctezuma; pero allí la primera hilera de danzantes que cuida de la entrada de dicho palacio, se interpone; mas en seguida, llevan la embajada a su monarca. Esto lo hacen bailando, hasta llegar a su presencia y haciéndole profundas caravanas, le dan el mensaje de los españoles. Moctezuma, ordena entonces que les permitan la entrada; los danzantes regresan, pero también bailando.

Así se sigue desarrollando la trama, hasta que al fin los españoles atacan a los danzantes. Hay disparos y salen a relucir las espadas, toman cautivo a Moctezuma y concluye con la muerte de éste.

Los actos se desarrollan cuando menos en tres horas, y sus pasajes, son al mismo tiempo que vistosos, emocionantes. La música es hermosísima, si acaso conviene el epíteto.

Después del estreno de esta danza, que es el 8 de diciem-

bre, sigue exhibiéndose en las festividades de los demás barrios.

No está por demás decir que se les guardan muchas consideraciones y se les trata en las mayordomías, a cuerpo de rey.

Además del espectáculo que acabamos de describir, hay otros que no dejan de ser bonitos. Nos concretaremos a enumerarlos y a hacer de ellos descripciones someras en vista de que el presente estudio se ha hecho prolijo a pesar de nuestra intención.

En el "Carnaval", numerosos jóvenes se disfrazan de "diablos", "pierrots" y de "curas", y tanto en esta festividad como en otras, se forman comparsas de "máscaras" a quienes se les denomina "loquitos", que tienen por fin divertir a la multitud con bailes aprendidos especialmente para ser exhibidos en esos días festivos. Bailan cuadrillas, gavotas, polkas, schotis, mazurcas y otros bailes aparatosos, por ejemplo: el baile de las jicaritas, el de la jota y el de los arcos enflorados.

También hay otra clase de espectáculo: el de los "zancudos"; les llaman así, porque son individuos vestidos unos de hombres y otros de mujeres, que llevan grandes zancos en los pies (más de dos metros), y con todo y ellos, bailan alegres sones que una banda ejecuta.

Todo ésto revela el carácter festivo del zaachilense, que a menudo holga, para poder gozar de estas diversiones que lo hacen reír de muy buena gana.

Para terminar, vamos a describir la fiesta de Todosantos, que es también de mucha trascendencia en la población.

La festividad de Todosantos. Esta festividad es netamente gastronómica. La mayoría absoluta de pobladores, hace derroche de manjares el día 1º de noviembre. En ese día, todo es extraordinario, desde el desayuno hasta la cena.

Las panaderías comienzan a fabricar el "pan de muerto" con mucha anticipación; grandes bodegas se repletan de él, conservándose en estado de blandura, gracias a la alfalfa fresca con que se envuelve. Asimismo las mujeres de cada hogar, muelen con tiempo el pinole que sirve para preparar el "chocolate atole" que debe consumirse el día de Todosantos.

De los ranchos y haciendas vecinas, concurren a Zaachila con el fin de proveerse de pan, fruta, dulces y otros menesteres.

Es el día en que se venden con exageración estas mercancías: cacao, pan, azúcar, canela, chilhuacle y chilleancho.

Es un gran alboroto la preparación de esta fiesta. Grandes canastos de pan salen en carretas para diferentes poblados de alrededor. El más infeliz compra cuando menos, tres pesos de "pan de muerto" para la comilona.

Desde la víspera del día 1º, las amas de casa echan a remojar en agua límpida, el pinole (polvo compuesto de maíz tostado, cacao, canela y patlaxle). Al día siguiente, antes de que apunten los primeros resplandores del día, se levantan las hijas doncellas a moler en su "metate", el "tlaxihuale", para hacer el blanco atole de maíz, en tanto que la madre se pone a disolver la pasta remojada del pinole, dentro de una vasija en forma de copón, llamado batidor. Con un molinillo comienza entonces a batir, dale que dale, aquella pasta disuelta dentro de buena cantidad de agua que se pone a enfriar durante la noche en un cántaro de barro de Coyotepec, hasta conseguir que se forme una capa de espuma, que va quitando y recogiendo en una jícara colorada. Cuando ya se tiene una buena cantidad de espuma, entonces se sirve ésta en "cocos" barnizados primorosamente de laca de Olinalá, se le agrega atole blanco y caliente y luego se endulza con azúcar, conforme al gusto.

Pero esta bebida se sirve después del chocolate, y a continuación de ella, un platillo de "higaditos", un mole denominado "coloradito" y los consabidos frijoles.

En la comida no se deja de servir como platillo especial, el mole de guajolote y además, un platillo que se llama "guisado"; como postres, se toma: jalea de tejocote, o bien dulce de calabaza, caña, manzanas, nueces y otras variadas frutas.

Desde muy temprano se adornan los altares de cada casa, con flores de zempaxúchitl, nardos y "flor de muerto."

Existe la costumbre entre los pobladores de este lugar, de poner en el altar, de los mismos platillos que se sirven en la mesa; se abriga la creencia de que las almas de los difuntos, gustan de saborear los manjares de este día. (Hay que aclarar que los que tal creen, son muy pocos). A este respecto, se cuentan sabrosas y variadas consejas.

El día de Todosantos se aprovecha para poner de manifies-

to el afecto que se tienen mutuamente los habitantes. Los compadres se obsequian entrambos, a cual más espléndido; los hijos agasajan a sus padres, y éstos, a sus hijos. Igual cosa se verifica entre las amistades. De tal suerte, que quien es digno de cariño y consideraciones, recibe muchos obsequios consistentes en "pan de muerto", mole, frutas, dulces y chocolate atole.

El día de finados, (2 de noviembre), cesan los obsequios; la gente se viste de luto, y todos, entonces, se dedican a rendir tributo a sus antepasados. Para este día, los sepulcros son blanqueados, unos, y otros, adornados con mármoles; pero todos lucen ofrendas florales en tributo de cariño y veneración.

En la tarde, el párroco del lugar se traslada al panteón y va a decir sobre muchos sepulcros, responsorios y salmodias, que se traducen para él en relucientes monedas, en tanto que para los corazones doloridos, se tornan en dulce consuelo, por creer que las almas de sus antecesores, han logrado salir del lugar de tormento donde yacían.

En la calle próxima al camposanto, como para borrar la impresión que se adquiere ante las tumbas, hay puestos de frutas, dulces y nieve, donde los paseantes desbordan pláticas sabrosas y risas que se expanden por el éter, como pretendiendo tornar la tristeza en gozo placentero.

La ventaja de esta monografía. Lo escrito hasta aquí tiene la ventaja de ser aplicable a todos los pueblos del Valle de Oaxaca, y si no nos equivocamos, hasta al de Ocotlán.

Hay, además de lo relatado, algunas otras costumbres; pero las principales, quedan narradas con la mayor exactitud que a un originario del lugar le pueden constar.

Damos por terminado este breve ensayo: la única satisfacción que le queda al autor y de la que está ufano, es la de que los datos consignados son lo más verídico posible, y que con él, demuestra el inmenso cariño que le tiene al bello rincón que lo vió nacer y que nutrió su alma infantil con el verdor de sus ramajes y la hermosura incomparable de sus flores.

El señor don Juan Velasco, maestro de escuela y originario de la población, al saber que estábamos escribiendo un relato acerca de la Villa de Zaachila, nos remitió la siguiente tradición, que con gusto adicionamos a nuestro humilde trabajo:

Comienza diciendo. "Lo que voy a decirte, me lo refirió nuestro abuelo (don Juan Velasco, es nuestro hermano), y a pesar de que han transcurrido muchos años, (él tiene 56), la relación la conservo casi fresca en mi memoria.

"Durante el reinado de este rey, (Cosijoeza) los habitantes eran felices; tenían grande fama de ser buenos guerreros, y eran temidos y respetados por los pueblos vecinos. Ejercían el comercio; llevaban a vender toda clase de semillas a diferentes plazas del reino. (Hasta la fecha, los zaachilenses practican esta actividad social. Hacen viajes al Istmo de Tehuantepec, a distintos distritos, poblaciones y rancherías, vendiendo y comprando artículos).

"En ese estado se encontraban los zapotecas, cuando los sorprendió la llegada de un hombre de raza desconocida. Este después de vivir entre ellos algún tiempo, aprendió el idioma y ya entonces pudo hablar con el monarca indígena.

"Cierta día que platicaba con el rey, le dijo: Teozapotlán está mal situada, ella peligrará, pues no es remota una inundación desde el momento en que se encuentra en un valle rodeado de montañas, y entonces, oh rey, tu encantadora ciudad perecerá.

"Cosijoeza no dio crédito a esta predicción; pero el hombre misterioso insistió en el peligro que corría la capital del reino a tal grado, que al fin logró convencer al monarca.

"Una vez convencido, ordenó entonces al que le revelara el peligro, a que buscara un lugar apropiado para trasladar su capital. Este así lo hizo; recorrió todo el valle y por último, allá, por el noroeste, al pie de una sierra dió con un lugar seguro, tanto por su altura como por su clima un poco más frío que el del valle.

"El rey de los zapotecas aprobó el lugar elegido y desde luego ordenó se diera principio a la construcción del Palacio real. En seguida mandó por todos los ámbitos del reino a los sacerdotes, a fin de que invitaran a los pueblos a contribuir con peones y materiales de construcción para llevar a cabo la portentosa obra que más tarde se ha conocido con el nombre de "Ruinas de Mitla."

"Los pueblos al enterarse de la orden real, y al saber que era con el fin de librar a los vecinos de Teozapotlán de una proba-

ble inundación, respondieron con largueza a la invitación, aportando hombres y elementos.

“Más de mil peones pusieron manos a la obra gigantesca, bajo la dirección del hombre de raza extraña, y después de algunos años, el palacio estaba próximo a concluirse. Mas esto no fué posible, en vista de que Cosijoeza al saber que en las playas de Veracruz habían desembarcado los españoles, se entristeció mucho y decayó su ánimo por completo para seguir obra tan estupenda; por tal causa, el palacio quedó sin terminarse. El tiempo deterioró lo hecho, a tal grado que a la fecha, solo merecen el nombre de ruinas; pero de ruinas maravillosas.”

Mexicali, B. C., 12 de febrero de 1926.

